

nuestro glorioso ejército; no para ser holgazanes, se entiende, sino para tener aventuras baratas.

Ahora quisiera decir cuatro palabras al ilustre autor del prólogo, si no fuera tarde.

El Sr. Valera sabe si yo le tengo por hombre de talento, además de erudito, hablista, etc., etc., y embajador. Por lo mismo siento que diga aquellas cosas de Zola, sin haberle leído como Dios manda, según él mismo confiesa.

Yo opino que para atacar al naturalismo militante debe hacerse lo que está haciendo la señora Pardo Bazán; estudiarlo bien en todas sus obras notables, y muy seriamente. Sólo que en este caso suele suceder que el que empezó atacando, acaba aplaudiendo.

Propongo al Sr. Valera que en cuanto caiga la función y le dejen cesante, consagre sus ocios á estudiar la escuela que hoy combate. Y para entonces le espero, dada su sinceridad en estas materias (1).

Para concluir, me atrevo á rogar á Menéndez Pelayo dos cosas: que siga escribiendo versos como la Elegía, La Galerna, La Epístola á Horacio, etc., y traduciendo mucho, como él sabe hacerlo, que la literatura española ganaría algo con esto.

Y nada de sonetos á Laverde Ruiz.

(1) Al reimprimirse este artículo, el Sr. Valera está publicando en la *Revista de España* una serie de artículos en que demuestra haber leído ya muchos libros naturalistas. Como en ese estudio me honra varias veces con alusiones, pienso hablar de tan notable trabajo en uno de mis folletos literarios.



GUERRA SIN CUARTEL

NOVELA ORIGINAL DE DON CEFERINO SUÁREZ BRAVO

PREMIADA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

I

SIEMPRE que tengo necesidad de hablar mal de la Academia recuerdo que de ella forman parte muchos ilustres publicistas, cuya amistad es una de mis mayores vanidades; á los cuales acompañan otros no menos insignes literatos que, si no son amigos míos, me pueden contar en el número de sus admiradores.

Castelar, Martos, Zorrilla, Campoamor, Núñez de Arce, Echegaray, Valera, Menéndez Pelayo, amigos son, y yo constante, incansable pregonero de sus méritos indiscutibles; y Tamayo, Alarcón y algunos otros, aunque no me honran con su trato, reciben de mí justos elogios siempre que la ocasión se presenta.

¿Qué podré decir contra Madrazo ni contra Eduardo Saavedra? ¿Cabe que yo murmure de los Guerra, de Galindo de Vera, ni de Castro y Serrano? De ningún modo. ¿Y qué argumento se me ocurre para re-

bajar el mérito de D. Cayetano Fernández? Que no le conozco (1). Pero esto no es argumento; pues sin conocerle yo, se puede él ser otro Pico de la Mirandola. Aunque no sé quién es D. Enrique Ramírez, ni si tuvo ó no tuvo en su familia algún ilustre, magnífico poeta; aunque ignoro por qué ó por quién es famoso D. Marcelino de Aragón y Azlor; pariente de la Real Casa de Aragón y conde pariente de Portugal, no puedo quejarme de éste ni de aquél, pues no es obligación suya tenerme á mí al corriente de sus *fechos de gesta* ni de las letras que calzan; si esto de calzar se puede decir de las letras como de los puntos.

¿Puedo yo jurar que D. Manuel Silvela no sepa dónde le aprieta el idioma? Del mismo Cañete, ¿se puede decir que sea un profano en la Academia? ¿Deja Cánovas de tener talento? ¿No le dió á Sagasta en ocasión solemne, y con motivo del verbo aperibirse, una lección de gramática á cambio de otra de mala intención parlamentaria? ¿Qué más? El mismísimo Alejandro Pidal, ¿puede ser rechazado en absoluto?

Pues todos los señores citados, buenos, medianos y desconocidos, forman una respetable mayoría; y sin embargo, cuando se habla de la Academia en conjunto... no hay más remedio que decir pestes de la respetable dueña. Le sucede á la Academia lo con-

(1) Rectifico. He leído, siendo muy joven, unas *Fábulas ascéticas*, que entonces me parecieron excelentes, y que creo que son obra de D. Cayetano Fernández.

trario de lo que la Iglesia dice que le pasa á ella.

El Espíritu Santo inspira á los cristianos, por lo menos á los obispos, en cuanto se juntan; y á los académicos en corporación les quita el talento que tienen muchos de ellos. Es decir, que allí parece que manda la minoría, no la liberal, sino la minoría de los malos y de los pésimos. Molins y mi tocayo el del Cueto, poetas del limbo seudoromántico; Rodríguez Rubí, dramaturgo adocenado; Arnau y Barrantes, el tedio de las Musas; Casa Valencia, senador del reino; Tejado, lleno de goteras; Balaguer, inmortal, y el amarillo Catalina (ó jaramago), no son más que nueve, y aunque se les añada al de Cheste, políglota en castellano, y á Mir, jesuita electo, y á Pidal mayor, jefe de su familia, no pasan de doce; y aun suponiendo que el de la Pezuela valga por dos, son á lo sumo trece (la docena del fraile). ¿Cómo, siendo trece los malos y más los otros, el mal triunfa en la Academia? ¡Ay! Es porque, al votar, los académicos no se dividen en malos y buenos, sino en moros y cristianos. Y los moros, como saben que están en minoría, no suelen ir si quiera á la calle de Valverde.

Así, y sólo así se explica que la Academia Española haya podido premiar la novela de D. Ceferino Suárez Bravo, titulada *Guerra sin cuartel*... Título incompleto: *Guerra sin cuartel á la gramática y á toda clase de literatura*, debiera llamarse el libro que premió la Academia.

II

Suárez Bravo es hoy un mestizo, y esto lo explica todo. El Sr. Pidal improvisa en su familia y en su *gens* y en su clientela académicos, estanqueros, alcaldes, diputados, émulos de Law y de Colbert, y novelistas laureados; hasta tiene entre los suyos catedráticos, que en tres años que llevan de serlo, ni un solo día han visto su cátedra, ni el pueblo, ni aun la provincia en que la tienen.

Era Suárez Bravo, allá en sus mocedades, liberal ¡cosas de chicos! hízose después carlista, y al cabo de los años mil, volvieron las aguas por dó solían ir, y volvió Suárez á ser liberal, ó por lo menos empleado. Y últimamente se dijo: ¿quién como yo para escribir una novela—siempre y cuando que me la premien—en que salgan al campo carlistas y liberales? Según *Ovidio* (que éste es el seudónimo del autor de *Guerra sin cuartel* y de *Verdugo y sepulturero*); según *Ovidio*, para conocer bien á carlistas y liberales no hay más camino que *pasar y repasar el río*; acostarse liberal y amanecer carlista, y viceversa. ¡Oh, amor al arte! Así como cuentan de Miguel Angel que retorció el corazón para estudiar la anatomía de la muerte en el rostro de un sér querido, y así como algunos escritores ilustres se emborrachaban para co-

nocer bien las sensaciones de la embriaguez, y otros descendían, y aún descienden, á las pocilgas de la miseria y del crimen para estudiar la triste realidad, no de otro modo ni con otro objeto *Ovidio* (que no es *Nason*) va y viene de D. Carlos á los liberales... para escribir *d'après nature* sus novelas.

III

Por lo demás, se trata de una obra anodina que, según declara el autor, no *pretende ser trascendental*. Estos autores que declaran antes de comenzar sus novelas que no se proponen ser trascendentales, y después, efectivamente, no lo son, tienen mucha más gracia de lo que ellos pueden figurarse. El Sr. Suárez Bravo no quiere enseñar nada... y enseña la punta de la oreja.

Guerra sin cuartel es como aquella capa que estaba llena de casualidades. Todo es pura casualidad en este libro sin trascendencia ni asomo de malicia... La Providencia tiene que estar en todas partes para sacar de apuros al autor, merced á una serie de encuentros y coincidencias que parecen increíbles. Tres ó cuatro personajes figuran como principales sujetos interesados en el asunto, y á pesar de que la acción tiene por teatro, primero á Madrid y después todo el territorio de las Provincias Vascongadas y parte de Navarra, en

tan vastas regiones no nos encontramos nunca más que ¡oh divina Providencial con los tres ó cuatro personajes de nuestro cuento. Un conde, primo y amante platónico de Mercedes; Mercedes, prima platónicamente enamorada del conde su primo; Tavira, enamorado de Mercedes inútilmente, porque ella *sólo le quiere como una hermana*, son las tres figuras á quien principalmente tenemos que atender. Pues bien; aunque la suerte está empeñada en separar á estos tres sujetos, el Sr. Suárez Bravo los junta á todas horas y en todas partes. Sucede la matanza de los frailes, y en el colegio de jesuitas, en San Isidro, nos encontramos á Mercedes que se escapó de casa para ir á salvar á un tío suyo, de la Compañía de Jesús. Allí está, por supuesto, su primo el conde del Busto, y á poco, sin que á estas horas sepamos por qué, se presenta Tavira, que en el capítulo anterior había recibido un latigazo de mano del conde. Se va Luis (el conde) á la guerra del Norte; antes de llegar á su puesto—de alférez cristino—cae en poder de los carlistas, y el oficial que le coge es... Tavira, que se ha pasado á D. Carlos, y pertenece á una partida célebre, la del *Rayo*. Pero á lo menos, dirá el lector, ya que los dos rivales se encuentran tan pronto, la prima se habrá quedado allá... ¡Ni por pienso! ¡Buena es Mercedes para quedarse en Madrid! Disfrazada de hombre y acompañada de Pericón, un asturiano que habla el gallego de los saines, se presenta en la misma venta en que descansa

Busto; y poco después, cuando Busto cae en poder del *Rayo*, allí está también Mercedes.

Dirán ustedes: ¿por qué? Pues toma, porque precisamente el *Rayo*... es su padre, el de Mercedes. Verdad es que el lector habrá creído que el Sr. Enríquez, que asesinó ó mató en desafío al padre de Luis, había muerto también; pero no; allí está, en el Norte. El Sr. Suárez Bravo, como él se pasó á D. Carlos, piensa que todo el mundo estuvo en las Provincias. Ovidio no nos dice hasta cerca del final del libro, que el *Rayo* sea el autor de los días de la prima andariega; pero el lector más topo lo adivina desde un principio, cerca de doscientas páginas antes de que Ovidio lo confiese. Mejor; así se ahorra el muy respetable público un susto. Bueno; pues tenemos juntos al *Rayo*, padre de Mercedes, á Mercedes y á Luis... y á Tavira, que es el oficial encargado de conducir al prisionero (Luis) al cuartel de Zumalacárregui. Vuelve la suerte á dispersar á nuestros prisioneros... y vuelve el autor á juntarlos. Mercedes se va á vivir á un pueblo que está dentro de los dominios carlistas; Luis, que ha podido escaparse de manos de Tavira, gracias á la industria del *Rayo* (que por algo es su tío); Luis, digo, quiere ver á su novia, pues aunque los *separe un abismo de sangre*, él quiere continuar las relaciones, adivinando, sin duda, como el lector adivina también, que al fin y al cabo todo se arreglará, como se arregló lo de Caparrotta; y que el autor no es hombre capaz de con-

cluir su libro sacrificando al inocente. Lo cierto es que Busto se mete en tierra carlista, y, como es natural, vuelve á caer prisionero en manos de... sí, señores, ¿para qué ocultarlo? en manos de Tavira, de su empedernido rival. De modo que, dicho sea sin exageración, el lector de *Guerra sin cuartel* se llega á figurar que en el campo liberal no había más oficiales que Busto, y que en el campo carlista no había más oficiales que Tavira. Tenemos segunda vez prisionero á Luis, y esta parece que va de veras lo de fusilarle, porque de ello se encarga un comandante carlista, que es la única figura regularmente apuntada de la novela. Pues no, señor; ya verán ustedes cómo al fin quien muere es Tavira, el malo. Para salvar á Luis allí está otra vez el *Rayo*, su tío; y por si es poco, el autor nos trae al mismo Zumalacárregui; y de resultas de todo esto Ovidio nos describe una carga de caballería en que se encuentran dos escuadrones que, «según avanzaban uno contra otro, iban estrechando la distancia por momentos,» como el autor tiene la curiosidad de decirnos.

Se acercan los escuadrones y... *como era natural*, los primeros que tropiezan son Luis... y Tavira. ¡Eso es saber colocar á los personajes en su puesto! Parece que Tavira va á matar á Luis... pero el lector puede jurar que no sucederá tal cosa: siendo Tavira *malo* y Luis *bueno*, ¿cómo había de morir Luis en novela que aspira á las cinco mil pesetas de la Academia, que

sólo se pueden dar á la moral triunfante? Triunfa, triunfa la moral: es Tavira el que muere como un perro, merced á una puñalada en la espalda. ¡Cómolo dirá el lector. ¿Luis pega puñaladas por la espalda? ¡Ni por piensol! El autor, para que el conde pueda llegar limpio de sangre al tálamo y á la felicidad eterna, engancha en el escuadrón de Luis á Colilla, un pillo que habíamos dejado en Madrid aplastado ó poco menos sobre el pavimento de una escalera; Colilla, que es corneta del escuadrón, *despacha* á Tavira del modo que va dicho; y así, muere el culpable sin que el inocente tenga que mancharse las manos; y por si acaso, muere Colilla también, *definitivamente*, pues al fin era un pícaro, y la mala hierba debe cortarse de raíz.

Sólo quedan vivas las personas decentes; porque hasta una coqueta llamada Juanita Rosales, que tuvo un poco mareado al conde, muere prematuramente, para purgar su coquetería. Solos y á sus anchas los *buenos*, se casan Mercedes y Luis, saltando *el abismo de sangre*, como ya esperaban todos, y el autor termina su cometido diciendo: «La condesa estaba en el quinto cielo. En cuanto á los novios... ¡figúrese el lector dónde estarían!»

Tocante á caracteres, Luis es un ángel, Mercedes un arcángel, el *Rayo* un querubín, Pericón un trono, y Zumalacárregui una dominación.

Tavira y Colilla, que eran los malos, lo eran de verdad y sin matices ni otros misterios; el autor no tiene

tiempo de andarse en análisis ni en psicología; con decir que eran unos pícaros, está dicho todo.

Otro pícaro hay, ó á mí me lo parece, á quien Ovidio no mata. Me refiero al *Cigüeño*, el muletero, que pone una vela al diablo y otra á San Miguel, que tan pronto está con los liberales como con los carlistas, y engaña á unos y á otros... á los liberales principalmente.

Si he de decir la verdad, en el carácter del *Cigüeño* veo yo más miga que en el resto del libro, que todo se vuelve corteza.

¿Por qué y para qué habrá escrito *estas cosas* el señor Suárez?

IV

Como este artículo se hace más largo de lo que yo esperaba, y no es cosa de dejar tela cortada para otro día, voy á reducir lo más que pueda lo demás que he de decir.

Si es fácil copiar una frase que contiene una falta de gramática, ó de lógica, clara, indiscutible, no es tan hacedero, sin trasladar aquí la mayor parte del libro, dar un trasunto á los lectores de la *inefable tontoría* de los personajes que ha inventado el autor. Mercedes es *todo un poema...* de necedad. Está al balcón una tarde, ve que insultan unos cuantos militares á

una señora (*la de las jamugas*), y en su consecuencia se enamora de repente del mancebo que acompaña á la dama; y media hora después sale á la calle, á recogerlo, ella sola, poco menos que escapada. Y al día siguiente la vemos metida entre jesuítas, escapada también; porque como tiene un tío en el convento, es natural que la señorita se vaya á desafiar las iras del populacho por salvar á su tío. Amiga de arrostrar los peligros, á poco la vemos en la guerra del Norte, disfrazada de hombre. Dirá el autor que iba á buscar á su padre. ¿Pero le parece esta buena ocasión de juntarse á su papá una señorita que ha vivido sin él no sé cuántos años? ¿No podía esperar un poco? ¿Y para qué disfrazarla de varón, y hacerla entrar en la misma posada de Busto, y todo lo demás que sigue, si todo aquello ni es verosímil ni le sirve á Ovidio para nada? ¿Recuerda Suárez Bravo el argumento de aquella comedia titulada *Las fronteras de Saboya*, tan graciosamente criticada por *Figaro*? Pues note que *Guerra sin cuartel* se parece mucho á las tales *Fronteras*.

¿Y Luis? ¿Quién es Luis? Un figurín antiguo, de esos que se ven en la vidriera de una sastrería pobre de un villorrio: el papel ahumado, manchado por las moscas, la tinta desvanecida, la ropa ridícula, la postura falsa, afectada y cursi. Aquel Luis debe de ser el héroe ya enmohecido de algún drama ó de alguna novela que el señor Bravo fraguara allá en su juventud, y que no escribió hasta ahora.

¡Qué tristeza dan estos partos absurdos de un ingenio raquíptico y avejentado, que la poquísima savia que tuvo la gastó en batallas de periódicos y en escaramuzas de expediente!

¡Qué descripciones! ¡Qué estilo! ¡Qué diálogo! En todo eso se ve claramente que el Sr. Suárez Bravo no tiene ni las más rudimentarias facultades de artista.

Yo creo que hasta ni gana de serlo hay en Ovidio. Eso me parece haber leído entre líneas en aquellos párrafos vulgares, amazotados, llenos y rellenos de frases hechas, cursis y sobadísimas; de adjetivos gárrulos é incoloros, de substantivos abstractos, de muletillas prosaicas y ridículas, de palabras determinativas que parecen puntales de una sintaxis que amenaza ruina.

Y lo peor es que como habla él, hace el autor hablar á sus personajes, sean damas ó caballeros, plebeyos ó cortesanos, contrabandistas ó jesuitas.

¡Cómo se expresa Mercedes! Daría risa oírlo, si no diera tristeza. Oigámosla.

—«Es una crueldad indigna de corazones cristianos, dejar por egoístas razones de prudencia, abandonado á ese infeliz en medio de la calle.»

¿Qué señorita... ni qué señorito habla así? ¡Quien deja abandonado ese *abandonado*, para decir antes «¿por egoístas razones de prudencia?»

—«Fernando querrá lavar con sangre la huella que ha dejado el látigo de Luis en su mejilla.»

—«No tengo duda. Le *interrogué* (1) con maña...»

—«Mi querido padre (es un tío), no sé cómo he llegado aquí. Me dijeron que estaban degollando á los jesuitas, y salí de mi casa sin pensar en lo que hacía; pero decidida, si llegaba á tiempo, á arrojarme entre usted y los asesinos, para que mi cuerpo le sirviera á usted de escudo.»

—«...Aunque mujer, y ajena á las fogosas pasiones que en tales materias arrastran á los de vuestro sexo, soy razonable y comprendo tu conducta.»

—«Temo que acariciemos los dos una peligrosa ilusión.»

—«Este placer inefable que siento, y que creía irremisiblemente negado á mi corazón...»

—«Mi conciencia, mi razón, me echan en cara el loco regocijo que me causan tus palabras.»

—«Imperioso deber me obliga á decirte que *la era* de los sacrificios no se ha cerrado todavía para nosotros...»

¡Válgate Dios por *era*, señora doña Mercedes!

Así, lector, así, aunque parezca mentira, habla esa señorita, la heroína del libro.

¿Piensa Ovidio que eso es arte? ¿No ve que su Mercedes parece hecha con recortes de periódicos?

¿Cree Suárez Bravo que es artista el hombre que pone en boca de una joven enamorada párrafos como los que pueda escribir el Sr. Isern en *La Unión*, con hipérbaton premeditado?

Si hubiera tiempo, que no le hay, copiaría yo ahora alguna descripción de las que abundan en esta pintoresca novela. ¿Quién no ha leído en sus tiernos años las *Páginas de la Infancia* ó el *Amigo de los Niños*? Pues como las de esos apreciables libritos son las descripciones de Ovidio.

«Amanecía una hermosa mañana de primavera. Un padre salía al campo con su hijo,» etc. Así pintan las *Páginas de la Infancia y Guerra sin cuartel.*»

Pero el Sr. Suárez tiene además otro recurso. Cuando no sabe cómo describir alguna cosa, suplica al lector que se la figure. Y dice: *renunciamos á pintar aquí; ó no hay palabras con que describir; ó no necesita el lector que le digamos; ó dejamos á la discreción del lector suponer, etc., etc.*; y de este modo el poeta, el escritor, sala ó cree salir del paso.

Hay un fondo *inefable*—que diría Mercedes—un fondo inefable de prosa triste, de ignorancia invencible, de mal gusto irredimible en la novela del Sr. Suárez Bravo; aquello no es novela, es un expediente, es un artículo mestizo, de los que nadie lee; tanta belleza se saca de este libro como de una colección de *Correspondencias* atrasadas. Aquello es la ausencia absoluta del arte. ¡Dios haya perdonado al buen Ovidio!

V

Pero ¿y á la Academia? A ésta no se le puede decir *Iddio perdona*. No: la Academia no tiene perdón de Dios.

Porque, aparte de que el libro no tiene pies ni cabeza, ni allí hay estilo, ni acción verosímil, interesante, ni siquiera seria, ni caracteres, ni diálogo humanamente posible, ni sentimiento, ni alegría, ni cosa que lo valga; aparte de eso... tampoco hay lo que menos puede dispensar la Academia de la lengua... un poco de gramática.

Yo no puedo llenar las páginas de este libro copiando los dislates, ora de etimología, ora de sintaxis, ora de lógica en que abunda *Guerra sin cuartel*. En los periódicos *Madrid Cómico* y *La Ilustración Ibérica* he apuntado muchos de los infinitos desatinos de que está acribillada la novela de Ovidio. Si el lector es curioso, en esas publicaciones puede encontrar pruebas de lo que aquí afirmo. Allí se verá que yo no recurro á la mala fe, ni tomo por disparates del autor erratas y descuidos de la imprenta. Todos los adeseos que yo copio, los ha escrito Suárez Bravo en la plena conciencia de que los escribía. Nunca he atribuído las erratas á los autores.

Con el diccionario y la gramática de la Academia

á la vista, y enfrente de la novela premiada, se puede demostrar á la docta Corporación que ella misma ignora las reglas que publica, á no ser que haya premiado á sabiendas una obra indigna de ser recomendada por quien aspira á conservar la pureza del idioma.

O ignorancia crasa, ó notoria injusticia.

Escoja la Academia.

En otro país, en Francia por ejemplo, el premio adjudicado al Sr. Suárez Bravo habría sido un escándalo, y el descrédito de los que se atrevieran á entregar tan inmerecido honor y las pesetas adjuntas.

En España, apenas se ha hablado de *Guerra sin cuartel*: no por ser un libro malo, sino por ser un libro.

Yo, aunque humilde crítico, ó lo que sea, he procurado escandalizarme todo lo posible, y me he escandalizado en tres periódicos. Creo que es bastante.

Ahora tiene la palabra cualquiera de ustedes, señores colegas.

Por ejemplo, *El Siglo Futuro*.



AGUAS FUERTES

POR

ARMANDO PALACIO VALDÉS

No diré yo, como cierto crítico, que es más difícil escribir un cuento que una novela, porque esto es relativo, como decía D. Hermógenes I.

Siempre que se habla de las dificultades de un género literario, recuerdo lo que decía Canalejas, mi querido é inolvidable maestro de literatura, á un discípulo que aseguraba, guiándose por la enseñanza de algunos preceptistas, «que el soneto era la composición métrica más difícil.»

—Para mí sí, decía Canalejas, es cosa muy difícil un soneto; tan difícil, que nunca he hecho ninguno; pero lo mismo digo de las demás clases de combinaciones métricas. Mas un poeta verdadero no le entendería á usted eso de la dificultad especial de los sonetos.

Lo mismo sucede con los cuentos y las novelas; no